



Adictos a la enfermedad

EL MAL DE LA JUVENTUD ★★★★★

Autor: Ferdinand Bruckner. **Traducción:** Miguel Sáenz. **Dirección:** Andrés Lima. **Escenografía y vestuario:** Beatriz San Juan. **Iluminación:** Valentín Álvarez y Pedro Yagüe. **Ambientación y composición musical:** Miguel Malla. **Intérpretes:** Marta Aledo, Jesús Barranco, Irene Escolar, Sandra Ferrús, Iván Hermes, Aitor Merino y Amanda Recacha. *Teatro de la Abadía. Madrid*

JUAN IGNACIO GARCÍA GARZÓN

Citando a Novalis, uno de los personajes de esta obra, el ambiguo doctor Alt, comenta que los seres humanos se diferencian de los animales por su adicción a la enfermedad y el dolor. Ferdinand Bruckner (1891-1958), el escritor y director austriaco que ocultaba bajo el antifaz del seudónimo su nombre judío de Theodor Tagger, sitúa la acción en una pensión de estudiantes de la Viena de 1923, donde un grupo de jóvenes de diferente condición se asoman a los límites para sen-



tirse vivos, enfermos de estupor y desencanto, adictos al juego de la auto-destrucción, ese mal de la juventud, como forma de afirmarse ante el espejo de incertidumbre que les ofrece la vida.

Bruckner escribió su más conocida pieza en 1929 como un retrato generacional de ese caldero borbotante que fue la Viena de entreguerras. En «El mal de la juventud» se agita la exasperación estética y vital del expresionismo posterior a la gran contienda bélica, la instrumentalización cotidiana del psicoanálisis para justificar las turbulencias del comportamiento, la libertad sexual como manifestación más personal del impulso individualista, la fascinación por el suicidio, el sordo malestar por la catástrofe latente... Los personajes se vampirizan unos a otros, beben sin parar, algunos buscan coartadas y amores para apartarse del abismo o caer en él. Freder, un manipulador emocional que induce caprichosamente a la prostitución a la criada del establecimiento, enarbola su cinismo nihilista para manifestar en un momento de la función que «hay que saber aburguesarse conscientemente cuando llega el momento».

Andrés Lima plasma este vértigo social y moral en un montaje que es

pura proteína, tenso y vigoroso, con momentos de derrotado lirismo, como cuando Marie, la estudiante modelo, sufre un desengaño amoroso y cede a los embates lésbicos de su compañera Desirée, y otros de gran entusiasmo rítmico, con los actores entregados al charlestón mientras se producen diversas acciones simultáneas, de tono y tempo diferentes, que el director maneja de manera brillante sin perder el compás. El vestuario de Beatriz San Juan es primoroso y de gran rigor cronológico, de los zapatos a la ropa interior; bonita también su propuesta escenográfica y estupendo el trabajo de iluminación de Álvarez y Yagüe, creando ambientes y matizando transparencias.

La interpretación se maneja en esa clave de exasperación controlada en la que el doctor Alt que compone Jesús Barranco aporta una dosis de raro equilibrio alucinado; Marta Aledo pone en pie una soberbia Desirée, toda lucidez y desgarro; el Freder de Ivan Hermes emana magnetismo oscuro, mientras que la encantadora criada que encarna Irene Escolar expone su inocencia ávida y la Marie de Sandra Ferrús se entrega a la caída con determinación sonámbula.